

Que ó no mejoraba su hijo
O el doctor no lo sabia.

Mas si razon de provecho
Jamás de él puede obtener,
Siempre le ve parecer
Y marcharse satisfecho:

Lo cual tiene el buen baron
Tan ciego y desorientado,
Que vive como colgado
Entre una y otra opinion.

Resuelto, pues, á esperar,
Al tiempo deja que rueda
Y hace no mas lo que puede,
Que es; ver, oír y callar.

Y así pasó la semana:
El doctor en cada cuento
Mas difuso, y mas atento
Don Cárlos cada mañana.

VI.

Hasta que al veinteno dia
En que con método tal,
Ya Don Cárlos parecia,
Si no en su juicio cabal,
Libre al fin de su manía:

El médico resolvió
Poner en planta un proyecto
Que con calma meditó,
Y cuyo seguro efecto
Con paciencia preparó.

Y en dulce conversacion
Estando de sobre mesa
Con Don Cárlos y el baron,
De este con harta sorpresa
Hizo esta proposicion:

“ Don Cárlos, largo tiempo há
“ Que hundido en vuestro aposento
“ Ni el aire ni el sol os dá,
“ Y os hace gran falta ya
“ Aire, luz y movimiento.
“ Debeis, á mi parecer,
“ Salir del campo á gozar;
“ Su estenso horizonte á ver,
“ Sus sanas yerbas á oler.
“ Y su ambiente á respirar.

Con un lienzo y se encerró
Soltando una carcajada.

De asombro el baron estático
Dijo: "¿qué es esto, doctor?
Y este, continuando apático
Su misterio sistemático
Dijo:" ¿y quién sabe, señor?

Al ver semejante calma
Sintió el buen baron que el alma
Se le volvía veneno;
Y de su izquierda la palma
Asentando sobre el seno

Del doctor, y adelantando
El puño diestro á sus ojos,
Uno en calma, otro temblando,
Dijéronse así, esplicando
Su impaciencia y sus enojos:

BARON. Me revienta el corazon
De ira, y me siento con gana
De ahogaros.

DOCTOR. —Tendreis razon
Si no le curo, baron;
Pero aguardad á mañana.

¡Mañana! exclamó el anciano
Moderándose, y del pecho
Del doctor la osada mano
Quitó, como arrojado insano
Considerando tal hecho.

El doctor, como si no
Hubiera visto y sentido

La mano que él retiró,
Sin darse por ofendido
Tranquilo le preguntó:

DOCTOR. —¿Tiene el salon otra entrada
Por Don Carlos no guardada
Que paso á él me pueda dar?

BARON. —Sí, pero está condenada.

DOCTOR. —Pues hacédmela franquear
Para mañana.

BARON. —Mas no

Podrá ser sin que él lo sienta:
A mas de que es obra lenta.

DOCTOR. —Eso corre de mi cuenta,
Si no os enoja que yo
En el castillo me aloje
Por esta noche con vos.

BARON. —No hay doctor porqué me enoje;
Obrad como se os antoje.

DOCTOR. —Pues váime y vuelvo.

BARON. —Id con Dios.

Y aquí el médico, volviendo
Las espaldas, echó á andar,
Y el baron quedó diciendo:
" ¡Lléveme el diablo si entiendo
" Su manera de curar!"

VII.

Cumplió el doctor su promesa:
Apenas anocheceia
Cuando la cuesta subia;
De vuelta al verle el baron,
Mandó apriesa aderezarle
En una cámara antigua
Y á la de su hijo contigua
Provisoria habitacion.

Y ganoso de probarle
Su deseo de obsequiarle,
Cortésmente á recibirle
Hasta la puerta bajó.
Tendióle al llegar la mano
Que asió el doctor francamente,
Y guióle alegremente
Al cuarto que le aprestó.

En posesion al ponerle
De su aposento le dijo:
Aquí estais junto á mi hijo,
Unica comodidad
Que mi castillo os ofrece,
Pues esta estancia sombría
Os va á parecer tan fria
Como mi hospitalidad.

Mas no en vano el tiempo pasa
Por los hombres y las cosas,
Doctor: ya empieza mi casa
Como su amo á envejecer.
Y si vos algun frasquillo
No teneis que les remoze,
Van mi raza y mi castillo
A un mismo tiempo á caer.

DOCTOR. —Baron, yo en mis medicinas
Tengo tanta confianza,
Que aun abrigo la esperanza
De volver á levantar
Castillo y familia á un tiempo;
Pues como yo os cure al loco,
Vais á ver dentro de poco
Vuestra raza retoñar.

BARON. —De vuestras palabras nunca
Penetrar puedo el misterio,
Doctor: mas hablais tan sério
Que será fuerza créer.

DOCTOR. —Creed, baron, porque nunca
Mi fé engañó á mi esperanza;
Mas obremos sin tardanza
Que no hay tiempo que perder.
¿Qué es lo que bebe Don Cárlos
Por las noches?

BARON. —Agua y vino.

DOCTOR. —¿Los mezcla?

BARON. —Suele mezclarlos,
Aunque no siempre.

DOCTOR. —Decid
Que me traigan las botellas
Que contienen su bebida.

BARON. —Mejor será que por ellas
Vaya yo mismo.

DOCTOR. —Pues id.

Partióse el baron apriesa
Y con los frascos volviendo,
Púsolos sobre la mesa:
El médico derramó
En cada uno algunas gotas
De una esencia: revolvióles
Sacudiéndoles, miróles
Al trasluz, y continuó
Preguntando:

DOCTOR. —¿Y á qué hora

Se recoje?

BARON. —Muy temprano,

Pues despierta con aurora
Y trabaja sin cesar.

DOCTOR. —Pues pongámosle estos líquidos
Donde los vea y los pruebe,
Y vamos, si de ellos bebe,
Recatados á espiar.

En el corredor pusieron
La mesa al loco, y se fueron
A ocultar: pronto le vieron
Salir; sentóse y cenó
Tranquilo: bebió del vino
Una copa y de agua un vaso:
Volvió al salon paso á paso,
Y por dentro se encerró.

Y dijo el médico: "ahora
Cenemos tambien nosotros,
Baron: dentro de una hora
La puerta que dá detrás
Del salon á abrir irémos
Sin riesgo de que nos sienta,
Y luego...."

BARON. —¿Qué?

DOCTOR. —Por mi cuenta

Dejad correr lo demás.

Y se hizo lo que él dispuso:
 Y quedó franca la entrada
 De la puerta condenada;
 Y en su estancia al penetrar,
 Vieron que el loco dormía
 Con un sueño tan profundo,
 Que pudiera hundirse el mundo
 Sin poderle despertar.

Entonces á recojerse
 Envio á todos: despidióse
 Del baron, y retiróse
 A su aposento tambien:
 Ocultó su luz, y abriendo
 El balcon, desde su altura
 Buscó adónde en la llanura
 Su pueblo y casa se ven.

La noche estaba serena
 Y azul: la luna menguante
 Colgaba su faro errante
 De los cielos en mitad,
 Y se veía el paisaje
 Como á través de una gasa.
 De su reflejo á la escasa
 Y plomiza claridad.

Allá á la boca del valle
 Donde la vega termina,
 Abriendo al arroyo calle
 Que nombre á su pueblo dá,
 Se ven sus primeras casas:
 Y por detrás de una loma
 La torre del templo asoma
 Que oculto tras ella está.

Más cerca, entre sus frutales,
 De su casita blanquea
 La fábrica, que campea
 Sobre el traspuesto encinar,
 Como la vela cuadrada
 Que el pescador de Sorrento
 Estiende llamando al viento
 Sobre su azulado mar.

De su balcon apoyado
 En el morisco antepecho,
 Pasó el doctor largo trecho
 En profunda distraccion,
 Dejando gozar á solas
 A su alma contemplativa
 La nocturna perspectiva
 Tendida ante su balcon.

Absorta su inteligencia
 Por la divina influencia
 De la invisible presencia
 Del Dios que cuanto es creó,
 Su exaltado pensamiento
 Por ese vago elemento
 Que nos vela el firmamento
 Vagar perdido dejó.

¡Quién sabe si las memorias
 Que en su recuerdo surgieron
 En su corazón hicieron
 Sus pesares revivir,
 O si su alma, asomándose
 Al dintel de lo futuro,
 Se atribuló ante el oscuro
 Abismo del porvenir!

Ello es que por sus mejillas
 En aquel punto rodaron
 Dos lágrimas, que marcaron
 Dos surcos sobre su tez:
 Y el ambiente de la noche
 Las devoró evaporándolas,
 Mas tarde caer dejándolas
 Hechas rocío tal vez.

Mas ¿quién las causas inquiere
 De una lágrima arrancada
 A un alma noble, exaltada
 Por su solitaria fé?
 ¿Hay alguna alma sensible
 Que crea, que espere ó ame,
 Que á solas no la derrame
 Por lo que ama, espera ó crée?

Así el doctor de sus ojos
 Dejó desprenderse aquellas,
 A la luz de las estrellas,
 Desde el árabe balcón
 Del castillo, contemplando
 La casita en que atesora
 Cuantos recuerdos adora
 Su insondable corazón.

Mas al secarlas el aire,
 Volviendo su pensamiento
 A bajar del firmamento,
 Volvió en la tierra á pensar;
 Miró á su casita blanca:
 Y en el balcón que caía
 De su cuarto se veía
 Perenne una luz brillar.

Contemplóla atentamente
 El doctor por un instante,
 Y animóse su semblante
 Con la espresion del placer.
 "Allí está" dijo; y cerrándola,
 Puso trás de la vidriera
 La luz, porque desde fuera
 Mejor se alcanzára á ver;

Mas en el balcon apenas
 Brilló un punto su bugía,
 Cuando la que enfrente ardía
 Despareció del cristal;
 Volvió á ocultarla, y volvieron
 A encender la de su casa,
 Y tres veces respondieron
 Con la misma á su señal.

Entonces bien satisfecho
 De que le habian comprendido
 Y de ser obedecido
 Con la misma exactitud,
 Acomodóse en su lecho,
 Y matando su bugía,
 Quedó el castillo hasta el dia
 En tenebrosa quietud.

CAPITULO IV.

I.

Iba á teñir el alba arrebolada
 Con luz de nácar y ópalo los montes,
 Con cuyas crestas mil Sierra-Nevada
 Cierra los pintorescos horizontes
 De la morisca vega de Granada...
 Y antes de continuar, será muy justo
 Que te advierta, lector, por si eres de esos
 Que en apurar las cosas tienen gusto,
 Y quieren que en los libros no haya nada
 Que su razon no tenga,
 Inklusos los excéntricos escesos
 En que suelo dar yo, que soy el hombre
 A quien menos importa que en sus obras
 La razon por quintales se contenga,
 O entre en ellas por faltas ó por sobras
 Y que me dén ó no me dén renombre,
 Como el lector con ellas se entretenga
 Y yo las venda bien; porque á fé mia
 Que euando á mí la muerte como á todos
 Allá en la eternidad me precipite,